Equitación indígena sudamericana

AÑO XXVII. — Nº 1321.

EL DIA

MONTEVIDEO, MAYO 11 DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PAISAJE DEL CATALAN CHICO.

(Fotografía de Jorge Chebataroff)

Un viejo y espinoso tala, y una tuna de amenazadoras espinas, cobijan bajo su sombra un rebaño de ovejas, en un cerro de cima redonda sobre el curso superior del arroyo Catalán Chico.

BELLEZAS
CATALAN CHICO

Campos cubiertos de pastos duros y de tunas, que denuncian un suelo sumamente pedregoso.

CUANDO se asciende la Cuesta Basáltica viniendo de Tranqueras, por la región de Masoller, la Cuchilla Negra ofrece un espectáculo sorprendente, con sus enhiestos cerros, primero redondeados y luego chatos, sus profundas quebradas y su tupida vegetación serrana. Los torrentes descargan en el fondo de los valles vasta cantidad de cantos rodados, a los que son incapaces de transportar aguas abajo al decaer la pendiente. Una vez realizado el ascenso, aparece una superficie bastante plana, cubierta de pasturas o con afloramientos basálticos, donde se estancan las aguas de lluvia. Se ha alcanzado allí la superficie de cuesta después de haberse escalado la escarpa. Nada hace suponer viendo aquel terreno de suave pendiente, que detrás se encuentra el borde abrupto de la Cuchilla Negra.

Siguiendo por esta superficie basáltica hacia el Catalán, se notan ondulaciones cada vez mayores, a medida que se van cruzando cursos de arroyos, responsables del trazado de las cuchillas, siempre ligeramente aplanadas. Pero en el curso superior del arroyo Catalán Chico, surgen de pronto cerros de cima redondeada y a veces aguda, que llaman la atención, y las escarpas de borde abrupto o escalonado se hacen cada vez más aparentes. El trazado de los valles por la acción fluvial, al incidir sobre el basalto, se ha realizado respetando las grandes líneas estructurales de la roca, que corresponden a diversos niveles, que en general se suceden del modo siguiente: debajo, basalto macizo o vítreo (o nivel de rápido enfriamiento), basalto toscamente columnar teniendo como yaciente y como techo niveles de basalto "laminar" (es decir con abundante diaclasas horizontales, que lo hacen parecer a una roca estratificada); finalmente en la parte superior se halla el nivel poroso, vacuolar, con rellenos de amígdalas y de hermosas geodas, correspondiendo a veces a simples ágatas zonales, y otras veces a cristalizaciones principalmente de cuarzo y calcita, aunque aún así, pueden distinguirse diversos niveles de "burbujas" vacías, parcialmente rellenas, o rellenas totalmente, hecho del cual nos ocuparemos oportunamente.



Poderoso dique de arenisca "vitrificada" cruza transversalmente el cauce de un tributario del Catalán Chico.

Todos los citados niveles producen un ligero escalonamiento en las escarpas; cuando domina el basalto "laminar" los arroyos corren por un verdadero piso de piedra, una "pista de patinaje", a veces cortada por delgados filones de arenisca "vitrificada". Pero fuera de este escalonamiento en pequeño, hay otro mayor, que corresponde a verdaderas terrazas, y cada una de ellas no es más que una de las sucesivas napas de basalto depositadas a raíz de cada erupción.

Mientras que todo esto es normal y muy conocido, aún cuando no siempre se cumplan las reglas acerca de la sucesión regular de niveles, resulta en cambio curioso que masas de arenisca en forma de aparentes diques crucen el basalto, y se ramifiquen a veces en forma prolífica, adquiriendo en algún caso, observado por nosotros, algunos metros de espesor, siendo frecuentes los de medio hasta un metro. Diller, de California, pudo demostrar que



Los bosquecillos, donde domina la aruera, se hacen densos al pie de los niveles basálticos ricos en agua.



El arroyo Catalán Chico, pretendiendo correr por el piso de piedra "que hace" de cauce.

...RAREZAS Y ...DEL ARROYO

en las zonas basálticas de su país las arenas sueltas habrían rellenado las fisuras del basalto, realizando movimiento ascendente. Washburne, comentando bellos ejemplos tomados del Brasil, piensa también que las arenas ascendieron ,ya que los diques son más amplios en profundidad y carecen arriba de fragmentos de basalto, prueba parcial de que no pudo caer material desde arriba; además las ramificaciones se realizan como si el material de relleno hubiera subido. Pichler, piensa que la arena ascendió al cubrir el basalto depósitos de la misma, saturados de agua, y ésta al hacer enormes presiones fracturó el basalto permitiendo la ascensión de la arena. Parece evidente que en filones delgados tal explicación es apropiada, pero no lo es para grandes masas como las que observamos en algunos tributarios del arroyo Catalán Chico, las que por otra parte son muy irregulares y sus ramificaciones guardan una extraña conexión con masas redondeadas de arenisca también "vitrificada" y aún con las geodas, aunque en algunos casos cortan a estas. Teniendo en cuenta la existencia de esas bochas o nódulos de arenisca, y el hecho de que ésta conserva a veces su estratificación en los diques (por lo menos en forma parcial) nosotros opinamos que la arena ha subido a través del basalto también por diferencia de densidad, como subirían trozos de corcho a medida que se les echa agua encima; como también suban las burbujas de gas y el material de relleno posterior, no debe extrañar que la arenisca llegara a llenar tales cavidades o pudiera penetrar en ellas.

✦

De cualquier manera que sea, los diques de arenisca que provisoriamente llamamos "vitrificada", las bochas de este material, las cristalizaciones de cuarzo creciendo sobre base areniscosa, y otros hechos interesantes, hacen de la región del Catalán Chico, rica en ágatas y amatistas, una zona del país muy atrayente. A lo largo de los cauces de los arroyuelos, los trozos de arenisca endurecida, de tonos róseos, anaranjados, grises y verdosos, son abundantísimos y gracias a su naturaleza en gran parte silícea, son poco afectados por los agentes de la meteorización. En algunos de tales cauces, asoman a la superficie con aguas bajas, geodas de finas paredes, las que rotas muestran la presencia de un tapiz de cuarzo de hermoso color violáceo o calcita clara o amarillenta, de brillo adamantino, aunque a veces los bordes de muchos cristales asociados ofrecen coloración marrón o grisácea.

✦

Uno queda absorto de ver tanta maravilla, en campos solitarios, donde pastan tranquilamente las ovejas, y donde millares de trozos trabajados de arenisca hacen pensar en la actividad de un pueblo primitivo que alguna vez se fijó en aquellos lugares. ¿De dónde vino ese pueblo que dejó aquellas misteriosas y toscas piezas, de "aire" paleolítico al decir de Campá? ¿Qué fue de él y cuándo abandonó aquellos lugares? Examinamos en forma poco exhaustiva el enterramiento de aquellas piezas, la formación de la capa humífera, la desilisificación y aún sin llegar a resultados definitivos, pensamos que son muy antiguas.

El arroyo Catalán Chico, con sus orillas pedregosas y su "pista de patinaje", carece allí de monte marginal salvo cuando las condiciones son favorables. Los árboles se hallan a cierta distancia del arroyo, al pie de las terrazas, junto a las cuales los manantiales son relativamente permanentes o el nivel freático no es profundo. También en los cerros, los árboles forman anillos siguiendo el pie de los niveles basálticos que tienen provisión suficiente de agua. Hasta en la distribución de las pasturas se notan estas preferencias, que suelen advertirse aún a la distancia.

Jorge CHEBATAROFF

(Especial para EL DIA)

Fotografías del autor



Ramificaciones de arenisca "vitrificada" partiendo de una bocha de arenisca, intercaladas en el basalto.



Cerros redondeados de basalto, testigos de viejas mesas desaparecidas por erosión a través de los milenios.



Majadas de ovejas alimentadas por las aparentemente magras pasturas que medran sobre la superficie basáltica.

LUZ DE OTOÑO EN LA SIERRA

AUNQUE la suave coloración marina del verano platense ya se ha ido, llevándose de la costa la nube de veraneantes que disfrutaron de la vibrante opulencia de las playas doradas, el sol otoñal, se refugia en sus reductos serranos.

Sábados y domingos, preferentemente, la sierra se puebla de entusiastas grupos de "blue jeans" y de "hobby soxers".

Las magníficas residencias abren las ventanas para que entre el sol y el aire, y por las mismas trascienden al exterior murmullos de gente joven y ritmo de música sincopada.

De todos los lugares con que Minas se manifiesta para la elección del descanso y el turismo de otoño, la permanencia en Villa Serrana es indudablemente de las más entusiasmantes.

En esa zona que dominan los cerros de la Buena Vista y el Aspero, corre el risueño arroyo Miraflores. El privilegiado paraje es conocido con el nombre de Cañada de las Cañas.

En pocos años se ha erigido allí un pueblo de veraneo cuya sabia planificación urbanística es obra del arquitecto Julio Vilamajó.

Como centro turístico para otoño e invierno, el lugar posee encantos maravillosos. Entre los cerros de ubérrima vegetación surgen cada vez más, como en un verdadero crecimiento, los bungalows en los cuales la arquitectura se manifiesta en las formas más diversas, y según la modalidad de cada propietario.

En el rubro edificación funcional se destacan dos paradores que son un prodigio de estética y de adecuación a la geografía: el Ventorrillo de la Buena Vista y el Mesón de las Cañas. En ambas construcciones se hace evidente el talento creador de Vilamajó.

En general, las casas lugareñas han sido construídas con maderas duras y piedras de cantería de la zona, que comprenden desde las tonalidades de miel al gris claro o al bermellón vibrante.

En la luminosidad del cielo de estos días de mayo, vuelan muy alto, sobre la sierra, los luctuosos cuervos.

Pero son esas aves carniceras la única nota ominosa en un paisaje de égloga que conserva siempre algo de permanente.

La sierra, que tiene algo de niña india, muestra con orgullo vernáculo, sus animalitos y su primitivismo, sus bandadas de pájaros tornasolados y sus mariposas, de tan precioso colorido, como no se encuentran por cierto en ningún otro sitio del país.

Allí lo autóctono prevalece.

En abigarrado derroche de tonalidades se suceden los valles y quebradas que integran un denominador común del paisaje uruguayo y que alcanza acentos enteramente representativos de lo nuestro.

En los cerros se multiplican las más diversas especies vegetales nativas en intrincado bosque.

Arboles achaparrados se amontonan en las laderas. Arbustos chicuelos, ásperos y mohosos alternan con el clavel del aire y oleadas verdaderas de helechos y culantrillos, contra cuyo verdor peremne nada pueden las graduaciones infinitas del otoño.

En los blancos plenilunios, cuando el frío resplandor de la luna se entroniza en el cielo minuano, la influencia nocturna de la sierra se manifiesta en las formas más diversas, ya sea en el murmullo de las correntadas, en el chillido solitario de los pájaros agoreros, o en el canto de las cigarras y grillos que le cantan al largo verano ya definitivamente muerto.

La sugestión de la sierra, cambia a medida que se suceden el atardecer, la aurora, la mañana, y la noche, que llega cuajada de iridiscente pedrería.

Para los que reclaman en medio de los grandes espacios abiertos un espejo de agua, ahí está el embalse del arroyo Miraflores, que contra lo que todos suponen conserva aún las tibias aguas del estío que invitan al saludable remojón.

Durante el día, el panorama es violento, como hecho con espesas pinturas de una paleta impresionista. Se mezclan el cobalto, el gris estaño, el verde húmedo de los helechos, la avalancha morada de los geranios, bocas de conejo, espuelas de caballero y jazmines del cabo que se vuelcan desde los jardines residenciales al ámbito mismo de la sierra.

De noche, se asiste a la "big parade" de las luciérnagas que son los únicos anuncios que se encienden y apagan en esas soledades de tierra adentro.

Cuando en las residencias de Villa Serrana, chisporrotean los acogedores fuegos del otoño en torno a las estufas —bien alimentadas con leña de espinillo y de molle— el crepúsculo de fin de semana, sirve de marco a los juegos de canasta, bridge, o a los suculentos tés, con pastas y deliciosos dulces elaborados con ácidos membrillos indígenas.

Se ven partir grupos de chicas y muchachos que pasan la tarde cabalgando y escalando los cerros, que no resisten a esa prodigiosa paleta de colores que son las zonas rurales de Minas.

Todo tiende naturalmente aquí a distender los nervios del hombre de las ciudades y el espíritu se turba frente a esa fuerza telúrica de la sierra, que a la luz del otoño, se abre al encantamiento como el retiro glorioso de un dios pagano.

J. R. CRAVEA.

(Especial para EL DIA).

Desde el Ventorrillo es posible apreciar el magnífico escenario de los cerros con sus pinceladas alternadas de ocres y verdes de cardenillo.



La naturaleza serrana es fuente de inspiración para los artistas que pasan sus vacaciones en la zona.



A la vuelta del camino no es difícil encontrar a algún campesino que vende queso de cabra.

La gran represa del arroyo Miraflores, regula las aguas de un lago artificial de más de 300.000 metros cuadrados.



Las largas cabalgatas entusiasman sobremanera a los más jóvenes.



El Ventorrillo de la Buena Vista, obra del arquitecto Julio Vilamajó.



El escalamiento muchas veces es arduo, pero...



El agua del embalse, que conserva aún las templadas temperaturas del verano, son una invitación para el baño.



...el viento en las alturas y los panoramas lejanos son fascinadora recompensa.



Guiadas por la maestra, señora de Kell, las alumnas cuidan el jardín de la escuela.

ECILDA PAULLIER CUMPLE 75 AÑOS

ACABAMOS de llegar, y ya se nos entra por el alma el sosiego simpático que irradia este pueblo que un patricio emprendedor —en la triple aventura del comercio, el ejército y la política— fundó el 16 de mayo de 1883, poniéndole paladinamente, como pudo hacerlo un caballero medieval, el nombre de su dama. Y como "Santa Ecilda" se lo conoció por muchos años, santa laica canonizada sin duda por la devoción conyugal, pues el santoral no la registra. Hasta que en abril de 1911 la antigua colonia agrícola, en pleno crecimiento, fue declarada pueblo y rebautizada definitivamente como "Ecilda Paullier".

Detrás de la biografía sencilla de esta población, está el recuerdo del hombre hecho de fervores, que dio impulso al núcleo primitivo, convertido hoy en un centro próspero, donde el futuro se conquista y ensancha cada día.

Don Federico Paullier, nacido en 1840 en Montevideo, era hijo de franceses; el arquitecto Antonio Paullier y doña Paula Mathon fueron sus padres. Se había incorporado, muy joven, al Partido Colorado, y jamás desertó de sus convicciones; perseguido a causa de ellas por el gobierno blanco, emigró a Buenos Aires. Estuvo con los unitarios, combatiente voluntario, y salpicó de heroísmos sus andanzas, premiadas por el general Mitre con un ascenso en plena campaña. Se alistó más tarde en la Cruzada Libertadora del general Venancio Flores; no desconoció las sórdidas mazmorras del Cabildo, devolviéndosele la libertad con orden de abandonar el país. Tuvo tiempo, antes de dirigirse nuevamente hacia Buenos Aires, de vender la casa paterna y llevarle a Flores el producto de la venta: setecientas onzas de oro, para comenzar la campaña. Detrás del general Flores, regresó don Federico a Montevideo. Volvió a la lucha varias veces, con un coraje que los años no menguaron, dedicándose a las tareas del comercio en los tiempos de paz. El presidente Lorenzo Batlle, al producirse el levantamiento de Timoteo Aparicio, le designó jefe del batallón Unión. El presidente Batlle y Ordoñez, cuando la guerra civil de 1904, le encomendó el batallón 10 de Guardias Nacionales. Hemos visto, de esta época, un retrato donde aparece a caballo, vistiendo uniforme, blancos los bigotes y la pequeña barba que le dan un gran parecido con el general Mansilla, erguido en su cabalgadura como si fuera aún el mismo muchacho de las primeras batallas. Fue diputado y fue senador; fue miembro de la Junta Económico-Administrativa; le llevó a Europa la misión de hacer acuñar el primer millón de pesos en monedas de plata. Y cuesta un poco asociar al guerrero brioso y al activo hombre público, con el pacífico pionero que inició en la 5ª sección del Departamento de San José, la apacible y fecunda labor agrícola, ganadera e industrial que abrió para la zona sendas efectivas de progreso.



El edificio de la primera escuela, que se construyó en 1889.

Allí vive su recuerdo, unido al de la linda gran señora que supo ser refugio dulce para aquel infatigable batallador. Ella, nacida en Buenos Aires, era hija de un argentino, don Sebastián Capdevila y de una



El moderno pabellón de primeros auxilios, que se inaugurará el 16 de mayo



Ecilda Capdevila de Paullier.



Don Federico Paullier.

española, doña Antonia Reixah, casados en Barcelona. Al unirse Ecilda con el uruguayo, al que había conocido durante su destierro, emprendía una dichosa trayectoria junto al esposo que tuvo por ella una inextinguible veneración romántica. Y ha quedado como un testimonio, el pueblo que repite el suave apelativo.

En la manzana donada por los hermanos Paullier para edificar la capilla, construída en 1885, se levanta hoy la flamante parroquia aún sin terminar, que conserva en el campanario la misma campana del edificio demolido, en la que reza esta inscripción: "Donada por el Presidente de la República, General Don Máximo Santos. 1885". Esto nos lo cuenta, jovial, un joven cura que usa boina vasca, y que nos enseña viejas fotos de la cabaña y las vaquerías del fundador, mientras fuma y sonríe. Degiovanángelo se llama, y le agradecemos, en la linda mañana, ese jirón de pasado que nos regala su palabra vivaz e inteligente.

La colonia agraria de Paullier tenía en 1885, según la Memoria del Ministerio de Gobierno de ese año, 75 familias, que totalizaban 400 personas (v. Eduardo Acevedo. ANALES, t. IV). Para dar una idea del aumento de la población, digamos que hoy, solamente la escuela, tiene más de 270 alumnos. Al fundarse, no tenía sino 84. El primitivo edificio sigue en pie, dentro del predio de la actual Escuela urbana de 2º grado Nº 48, que repite el nombre del pueblo. La casa vieja data de 1889, y es una reliquia del ayer que con mucho acierto las autoridades docentes del lugar han conseguido salvar de las demoliciones del progreso. Vetusta y sólida, a pesar de sus grietas, es un símbolo espiritual de la región. En el interior reaparecen en los muros, pese a las sucesivas encaladas, las decoraciones antiguas. Al irse desprendiendo la cal, reaparecen las pinturas murales, obstinación de un pasado que no quiere marcharse del todo. Nidia Fernández de Acevedo la dirige actualmente. Nos conduce, cordial, por el pequeño mundo infantil, y nos enteramos de muchas cosas. Entre ellas, no es la menos significativa el informe de que, como no hay liceo en la localidad, los adolescentes que anhelan seguir estudios secundarios deben salvar diariamente los kilómetros que los separan de Colonia. Cerramos los ojos y nos resulta fácil verlos, por estas carreteras sin ningún resguardo, desafiando vientos, lluvias, calor, frío, para conseguir un bocado difícil de conocimientos para su buena hambre de superarse. En el pueblo, más de cincuenta muchachos, de ambos sexos, hacen en estos momentos esa vida dura del estudiante modesto y andariego. No los conocemos, pero nos gustaría decirles, uno por uno, cómo nos conmueve esa oscura proeza, y cómo es posible vaticinar un porvenir seguro para un país donde los jóvenes, cuando hallan cerrado un camino, salen en busca de otros, por cualquier rumbo de la patria, para ser mejores.

Son estas niñas de la escuela Nº 48, que arreglan el jardín bajo la vigilancia de Rosa Springer de Kell; son los varones que cultivan la huerta; son todos los niños que en la Plaza de Deportes, que se inaugurará coincidiendo con los festejos de estos 75 años de fundación del pueblo, juegan con salud y alegría, en la libertad que nuestras leyes les procuran. Niños de Ecilda Paullier o de cualquier rincón de la República, pobres o ricos, pero dueños de un destino, por ser niños uruguayos.

No hay novedad en lo que acotamos. Pero siempre es oportuno repetir, para ahondar conceptos, lo que vamos descubriendo reiteradamente en la realidad nacional, poniendo en alto nuestra fe en las posibilidades que el futuro encierra, a pesar de todas las reticencias, desánimos y pesimismos cotidianos con que se tropieza.

Las dos fuentes de riqueza de la localidad, son la agricultura y la industrialización de la leche. Los lunes, un movido mercado hace de Ecilda Paullier un mundo bullicioso; es el mercado de quesos y otros productos lácteos, que infunden vigor al comercio de la población, a la que semanalmente concurren los interesados en la adquisición directa de la mercadería local. Una actividad insospechada sacude al pueblo de su aparente duermevela, y cunde el entusiasmo, porque es la actividad del trabajo que rinde y de la esperanza que se cumple.

Para señalar dignamente estas bodas de diamante con su historia, la Junta Local celebrará actos patrióticos, culturales, sociales, deportivos, durante los días 16, 17 y 18 de mayo. Y como demostración de la voluntad progresista de los moradores, se inaugurarán realizaciones concretas de beneficio colectivo: la ya mencionada Plaza de Deportes, el moderno pabellón de primeros auxilios, y nuevas obras de pavimentación. Es la mejor demostración de que se anda, caminar. Y así lo hace Ecilda Paullier, este joven pueblo de 75 años, al que anima el sentido de la responsabilidad común, la concordia, la buena fe, la fraternidad; parece imperar aquí el lema de los mosqueteros: "Todos para uno y uno para todos". Sólo así es posible crecer en aspiraciones y sueños que se cumplen.

Y mientras nos alejamos carretera adelante, pensamos que muchas generaciones vendrán, para seguir honrando con su respeto y su trabajo, la memoria esclarecida del fundador ilustre y la matrona bondadosa que dieron nervio y nombre a un pueblo uruguayo. Pensamos en los niños que se columpiaban en la plaza, felices sólo por ser niños, promesa de todo, esperanza para todos.

Como ellos, Ecilda Paullier seguirá creciendo.

Dora Isella RUSSELL

(Fotos de la autora)

Ecilda Paullier, mayo 1958.

(Especial para EL DIA)



Una calle soleada, donde la existencia fluye mansamente.



En la plaza de deportes el bullicio de los niños pone un fulgor esperanzado

EQUITACION IN

Indios patagones levantando un campamento en las orillas del Río Negro (Según Alcides D'Orbigny).

Etnología de la doma —

LA equitación es un arte y una técnica. Pero se la debe separar, porque así lo ha querido el hombre civilizado, de la vida ecuestre. En un nómada de a caballo equitación y existencia van unidas. Son la forma y el contenido de una actividad integral. Los hombres de las ciudades, en cambio, practicamos la equitación como deporte, minimizando notoriamente su valor operativo, dejando asimétrica su funcionalidad etnológica. Y con ello degradamos también al caballo que de músculo sustantivo se convierte en ostentación adjetiva que de protagonista del drama cultural de la épica ecuestre se resigna a ser el pedestal de la hípica dominguera.

En el indio montado, como en el gaucho, el árabe y el mongol, la destreza del caballista iba pareja con la habitualidad del cabalgante; equitación y género de vida eran una misma cosa; jinete y hombre se condicionaban recíprocamente. El ser de a caballo y el andar a caballo constituían las razones equivalentes de una proporción cotidiana.

El indio de los llanos y las pampas de América al descubrir el caballo comprendió intuitivamente que su destino cambiaría. Pensó de inmediato en la revancha guerrera sobre el español, en la obtención de carne fresca, en el rápido e impune desplazamiento de las tribus, pero jamás pudo prever que su cultura entera sufriría un vuelco total. El caballo apareció como un medio y se convirtió en un fin; indios y caballos se fundieron en un nudo centáurico, en una comunión biológica y espiritual de insospechada trascendencia.

Muchos aspectos tiene esta síntesis que convirtió ciertas zonas de América en un crisol de formas desmesuradas en el vivir y el morir. Uno de los más interesantes, empero, es el de la relación primaria entre el indio y su cabalgadura. El acto de la doma es, en efecto, una profesión de fe, un pacto entre fuerzas cósmicas, una definición existencial. El gaucho, que nace fuera del círculo de los caballos, doma afirmando su poderío sobre la bestia; es el hijo de Occidente, todo lo rebarbarizado que se quiera pero hijo al fin, que levanta sobre los cimientos de la naturaleza la arquitectura del hombre. Para él el contorno es un marco y el animal un servidor. Sobre el mundo físico instaura el mundo síquico; la naturaleza y sus reinos concéntricos están sojuzgados por la cultura, que es la flor del espíritu humano y el perfume de la tradición social. El indio, hombre en "estado de naturaleza" ya que no hombre natural (la distinción entre Naturvolker y Kulturvolker es sofística) tiene otra actitud ante el animal. No se cría lejos del caballo sino entre los caballos. La bestia es un deudo, un *alter ego*, un halo violento de su personalidad. No doma por lo tanto quebrando sino incorporando. Y para ello "aíndia" al caballo mientras él, paralelamente, se hipifica. Hombre, bestia y contorno son una misma cosa para su concepción del mundo. Sujeto y objeto se identifican en su gnoseología ingenua. Naturaleza y cultura laten con idéntico pulso en sus categorías mentales. Por eso el caballo indio tiene un tipo peculiar y un temperamento acorde al de su amo. Por eso el indio gira sobre la bisagra vital del caballo como la puerta sobre la charnela.

Alfredo Raymundo, al describir el caballo de los indios pampas en un artículo publicado en 1879, dice, certificando los caracteres de aquél: "Cuando en una tropilla vean un animal membrudo, agachado, tristón, charcón, cabezón, con la cruz alta, el pescuezo estirado, el encuentro ancho, el pecho desarrollado y el aire particularmente zonzo y adormecido, digan con confianza: este es un caballo indio. Y si son un poco baqueanos en los asuntos fronterizos y que tengan amistad con el dueño de la tropilla, agreguen en el acto, para que no se adelante nadie: este es mi caballo de marcha. Si consiguen montarlo encontrarán un animal medio lerdo, de buen andar, torpe al freno del lado del lazo, bien enseñado de la boca del lado de montar, nada a propósito por cierto para jinetear y que poco honor les haría para pasear en una ciudad; pero que en un paseíto de 200 leguas no mermará ni un instante y que al principio como al fin, no se presentará ni más ni menos zonzo, ni más ni menos pesado, ni más ni menos agachado, resignado y valiente que en el momento que se montó".

Este animal sufrido, paciente e inacabable no ha sido domado con métodos semejantes a los usados por el hombre blanco. El indio no quiere bestias espectaculares para pavonearse sino aliados útiles para invadir y pelear, para atravesar las pampas inmensas, para soportar privaciones y galopar entre vizcacheras mancadoras. No doma empleando el rigor de la espuela, el martirio del rebenque y la sorpresa del apretón de piernas súbito. Esto rompe el alma de la bestia dejándole en el fondo un relámpago de espanto que irrumpe en los momentos más inesperados, provocando el "desbocamiento". El indio amansa de modo plenario, sin dejar resquicios librados al terror biológico, instalando en todos los repliegues del instinto animal su presencia persuasiva. Domar para el indio es coexistir con la cabalgadura, así como vivir fue convivir con el potro. José Hernández, en su *Martín Fierro*, ha descrito muy bien el proceso de la domesticación:

En el caballo de un pampa
no hay peligro de rodar.
jue pucha! y pa disparar
es pingo que no se cansa;
con prolijidá lo amansa
sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas
con cuidao lo manosea;
horas enteras emplea,
y, por fin, sólo lo deja,
cuando agacha las orejas
y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe
porque lo trata al bagual
con pacencia sin igual;
al domarlo no le pega,
hasta que al fin se le entrega
ya dócil el animal.

Los indios de la Patagonia, sin embarg
no tan consustanciados con el caballo com
los de la Pampa, pues lo había recibido m
tarde, utilizaban métodos más duros para l
doma. A. Guinard en su libro *Tres años d*
esclavitud entre lo Patagones, da cuenta a
del desbravamiento de los potros: "Para d
marlos, los indios se apoderan de ellos d
una manera muy brutal: una vez captur
dos con el lazo, los derriban en tierra pa
atarles juntas las patas a fin de poder p
sarles sin dificultad por la boca una corre
que atan fuertemente, bajo el labio inferio
después de haberles tironeado las encías
los labios a fin de hacerles más obediente
a la presión de ese bocado muy flexible. L
ponen en seguida una silla y los hacen l
vantar, conteniéndolos entre dos, uno de l
narices y una oreja, y otro por detrás m
diante un nudo corredizo que le sujeta l
dos patas; entonces el domador, armado d
una larga correa de cuero crudo —*trupus*-
especie de lonja muy dura y pesada q
termina en un trozo de madera, destina
a golpear tan pronto los flancos como
cabeza del caballo, se lanza listamente so
el animal. A una señal dada, los ayudant
con perfecta coordinación de movimien
dan libertad al corcel, que frecuentemen
parte como una flecha, no sin haber hech
buen número de corcovos y de haberse la
zado a uno y otro lado. Algunos resisten
los prodigiosos esfuerzos que hacen sus
netes por doblarles la cabeza a derecha
izquierda, y ruedan por tierra con ellos; p
ro, en general, por fogosa que sea su r
sistencia al comienzo, a los dos o tres dí
quedan suficientemente dóciles como pa
ser montados en pelo. Aproximadamente
los dos años y medio los doman de est
suerte los indios, y los someten a una pru
ba a fin de apreciar su velocidad; les hace
franquear, en un solo impulso, un espac
determinado; los que no alcanzan la met
con facilidad son juzgados impropios y co
denados, sin misericordia, a ser comidos".

Pero esta técnica brutal, como ya se dij
era la excepción. El indio domaba despaci
entradoramente. Domaba sin sangre, si



Indios mocobíes enlazando y pialando vacunos. (Según Florian Paucke).



Carreras de parejeros montados por muchachones y mocob

DIGENA SUDAMERICANA

golpes, sin susto. No quería fletes atemorizados sino convencidos. No quería redomones resabiados sino compañeros pacientes, mansos y corajudos. "El caballo del indio —escribe Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios Ranqueles* —además de ser fortísimo es mansísimo. ¿Duerme el indio? No se mueve. ¿Es á ebrio? Le acompaña a guardar el equilibrio. ¿Se apea y le baja la rienda? Allí se queda. ¿Cuánto tiempo? Todo el día".

Ya del bagual arrogante nada queda. Cuando las tropillas se incorporan a la vida de las tolderías comienza el proceso de adaptación. Los potrillos y los gurises indios se crían juntos casi. Y después de domado el caballo se hace melancólico porque así lo determina el mutismo del indio. El indio nunca ríe y por eso su flete no caracolea. En cambio la risa jactanciosa del hombre blanco convierte al caballo en un compadrito coscojero. El aura cultural que emana de dos sociedades diferentes otorga a las bestias distintos talantes. El indio, pragmático instintivo, no quiere caballos que luzcan sino pingos que rindan. Y el caballo es entonces, como su sombra, como su doble inesperado y sigiloso.

Después de vencido definitivamente el indio se destribaliza y se convierte en un paria rural, en un desheredado de la tierra y sus bienes. Y con él el caballo se transforma en un campesino humilde. Tomás Guevara, en su *Historia de la Civilización de Araucanía*, nos ofrece esta veraz pintura del eficaz caballito del indígena del campo meridional chileno: "Con la cola que llega hasta el muslo, las crines caídas sobre el cogote, con la cabeza inclinada pacientemente, se le ve recorrer largos viajes, atravesar ríos correntosos con la mayor facilidad, internarse por las sendas estrechas de los bosques, subir escarpadas alturas, descender por quebradas cortadas a pique. Por estar acostumbrado al trabajo, a salvar los obstáculos, se muestra valiente, dócil, sufrido, resistente; tiene inteligencia como el pobre que necesita luchar, como su amo, para conocer el terreno y vencer los peligros".

El caballo indio se hace caballo criollo e inaugura un nuevo capítulo de su vida. Ya lo examinaremos con más detención cuando hagamos la apología del flete que con su galope incansable forjó la patria chilena, la argentina, la venezolana, la uruguaya, y sustentó biológicamente los desmanes y aciertos del caudillismo rural sudamericano.

Habilidades ecuestres —

No se crea, después de leído lo anterior, que el caballo del indio era un zonzo, como socarronamente lo califica Raymundo, o un manso consuetudinario, como parece desprenderse de la transcripción de Mansilla. Nada de eso. Era un caballo avisado, práctico, veloz cuando se le requería, dócil cuando era menester. Un caballo para las buenas y para las malas que no pregonaba su ambivalencia pero que cumplía con sus múltiples cometidos en un mundillo elemental. El indio hacía prodigios con él y, a su vez, era un jinete prodigioso. Domar y adiestrar eran una sola y perpetua cosa. El caballo siempre aprendía, siempre respondía, siempre se aplicaba a su tarea de "aindiarse". Sobre el trato que el indio daba a su caballo son por demás expresivas las nociones que Hernández proporciona en *Martín Fierro*:

Yo me le senté al del pampa;
era un escuro tapao.
cuando me hallo bien montao
de mis casillas me salgo;
y era un pingo como galgo
que sabía correr boliao.

Para correr en el campo
no hallaba ningún tropiezo:
los ejercitan en eso
y los ponen como luz,
de dentrarle a un avestruz
y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
como para un entrevero;
como rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca;
y como trompo en la boca
da güeltas sobre de un cuero.

Lo barea en la madrugada;
jamás falta a ese deber;
luego lo enseña a correr
entre fangos y guadales;
ansina estos animales
es cuanto se puede ver!

Blando de boca, firme de manos, liviano de abajo, chupado de anca, el caballo del indio esquiva las vizcacheras con un extraño "radar" instintivo, resopla y se empaca ante los cangrejales de la costa, orilla los sumideros, deja el sobrepaso rendidor para estirarse en un trote largo como chiflido de pampero, cambia el trote en galope endiablado para sacarle el cuerpo a las boleadoras y, cuando un tiro certero de "tres marías" le manea las patas, escapa a saltos igual que una liebre gigantesca. Montado en este caballo, hecho a su imagen y semejanza, el indio realiza proezas hípicas increíbles en intensidad y en extensión, en el espacio y en el tiempo. Al paso, al trote, al galope, a la carrera, en todos los aires de marcha y en todos los terrenos se compenetra con su flete, se instala en su clima animal, lo rige con su inteligencia teleológica, lo guía con su voluntad depredadora.

El sacerdote Florián Paucke, que estuvo entre los mocobíes entre 1749 y 1767, nos ha legado inolvidables descripciones de la destreza caballista de estos indígenas. En su relato de un simulacro de entrevero realizado para solaz (y advertencia?) de espectadores españoles puede captar, pese al desaliño de la narrativa, la plenitud agonal que se esconde tras la intención juguetona. Apenas puede imaginarse la agilidad que se veía en ellos, expresa el jesuíta aleman. "En un tal entrevero y choque de caballos uno veía saltar de sus caballos a algunos, pelearse de a pie y de improviso otra vez a caballo correr hacia dentro (del entrevero)"... "A mí me parecía como si un escuadrón cruzara a golpes a través del otro; apenas habían cruzado se tornaban y venían ya a acometer por la espalda. Los ojos pudieren perdérseme en la contemplación del entrevero y de la agilidad de los indios en pelear de pronto de a caballo, de pronto de a pie y en un momento de nuevo a caballo..."

Esta destreza era hija del ejercicio aplicado, de la práctica temprana de un arte integral. El citado Guinnard, al referirse a las costumbres ecuestres de los indios pampas expresa: "La educación seria de los niños comienza inmediatamente después de la ceremonia de horadarles las orejas. Cuando llegan a su quinto año montan solos a caballo, tomándose de la crin y apoyando uno tras otro sus piececitos en las coyunturas de las patas de sus corceles; muy a menudo éstos parten como saetas y se llevan a sus jinetes antes de que hayan tenido tiempo de instalarse completamente. A esa edad los niños se muestran ya muy útiles y cuidan el ganado. Muy rápidamente se hacen expertos en el arte de arrojar el lazo y la boleadora; después aprenden a manejar la lanza y la honda; de suerte que a los diez o doce años, época en que por cierto tienen más apariencia y fuerza que un europeo de veinte a veinticinco años, terminada ya su educación, toman parte en las excursiones de las tribus y participan en sus *razzias*, en las que demuestran generalmente una temeridad y una audacia increíbles".

La paideia hípica del indio se cumple a caballo y en el lomo del mismo el salvaje encuentra su espacio vital, su hogar semoviente, su microcosmo sudoroso. Esto ya fue advertido por Mansilla: "Tienen ellos (los indios) la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y extendiendo las piernas cruzadas en las ancas; así permanecen largo rato, horas enteras a veces. Ni para dar de beber se apean; sin desmontarse, sacan el freno y lo ponen". Tomás Lago corrobora esto en su interesante libro *El Huaso, ensayo de Antropología Social*, cuando dice que los indios se acostumbraron muy pronto a hacerlo todo montados y en marcha: con dos palitos *(repu)* sacaban fuego sobre la cruz del animal sin detenerse un momento; allí mismo llevaban los atados de carrizo para improvisar balsas con que atravesar los ríos en sus expediciones de guerra y montería. El lomo del animal resumió en su esquivo y movible espacio todo el ajuar del indio de su vida cotidiana, pues como no usaba mas que una manta elemental pegada al cuerpo, llegado el caso de pasar por el camino la noche, estaba preparado para dormir. El pellejo de carnero que formaba el sudadero del caballo, le servía de colchón; la talega de harina tostada, invariablemente colgada al costado, era su repostería y el mate de calabaza, su vajilla".

Teoría del malón —

La equitación indígena tenía fines concretos, objetivos lúcidos. No era una actividad ancilar, como es la nuestra. No cabalgaba el indio sin rumbo, con distraída parsimonia y albedrío gratuito, sino que apuntaba al corazón y a las haciendas del hombre blanco, del odiado cristiano. En pelo o sobre ingeniosos recaditos de fabricacion doméstica, que tan bien han descripto los cronistas, los indios brotaban desde el fondo del desierto como una manga de langostas asesinas para reivindicar las primogenitura de la tierra y de la sangre en el solar invadido por el europeo y su linaje. El malón es así el dramático manifiesto de la presencia y la protesta del indio. Es su *ultima ratio* contra el coloniaje, su rebeldía ante la frontera móvil de los pioneros republicanos, la síntesis guerrera de su personalidad básica exacerbada por la vida ecuestre. Caballo, indio y malón son la trinidad dinámica de un solo peligro verdadero: el sujeto, el verbo y el atributo de una identidad visceral. En el acto del malón el indio reclama un lugar bajo el sol y le salda cuentas al descendiente del español: con crueldades nuevas paga las viejas crueldades de los conquistadores ecuestres del siglo XVI. Ahora él es también dueño del caballo, y en tácita alianza con la paleontología y la prehistoria de América reivindica sus derechos. Pero este preámbulo no alcanza para calificar y describir la tragica vigencia de los malones en el ruedo rioplatense. En un próximo artículo, por lo tanto, nos ocuparemos de los aspectos históricos, sociológicos y etnológicos de la agresividad ecuestre de las indiadas del sur. Será hasta entonces.

Daniel D. VIDART.

(Especial para **EL DIA**).



(*Según Florian Paucke*).



Desfile de indios mocobíes en la reducción de San Javier. (Según Florian Paucke).

DON DOMINGO Y SU QUINTA

(UN RECUERDO QUE SE PIERDE)



Don Domingo Arena y su fiel amigo "León" en la coquetona escalera de mármol que utilizara Don Domingo, en sus días habituales.

EN aquel entonces su número era 1999 y la vía de acceso se llamaba Camino Avegno: «La Quinta del "dotor" Arena», le decían en el Barrio.

Piedras Blancas, tal como lo recuerdo, allá por el año treinta y pocos, era un centro poblado de gente humilde, cercado de grandes quintas; la de Batlle, enfrente de ella, la de Menezes, un poco más allá la de Williman, y como entrando hacia Mendoza. la de Arena.

Se llegaba originalmente, en el clásico tranvía 17, que terminaba en el Almacén de "La Lata", con su "boliche", su cancha de bochas y la parada de taxímetros. El 17, primer medio de transporte colectivo a esa zona, recorría toda la Avenida Gral. Flores y entraba a Cuchilla Grande a la altura del Almacén de la Tabla, como lo nombraban, otra típica construcción, más extensa y provista que la anterior y que señalaba, algo así, como los lindes de Piedras Blancas. Después vinieron los ómnibus, la línea "I", uno de los cuales, por esos años, tenía destino al Manga. Pero al principio, había que recorrer a pie hasta "Al Buon Vin", y luego se doblaba a la izquierda. Se caminaban unas cuatro cuadras, bordeadas de grandes eucaliptos, para llegar por fin al gran portón, siempre abierto, que permitía con paso acogedor, entrar a una frondosa bóveda de altas moreras. La bulliciosa chiquillería del lugar, eternamente ávida, encaramada a sus umbrosas copas, semioculta, devoraba sus veraniegos y azucarados frutos, que pintaban de violeta sus golosos labios.

¡La Quinta de Arena! La había comprado Don Domingo, hacía ya muchos años, para estar cerca de Batlle, adquiriéndola, por partes sucesivas y a "vintén" el metro, llegando a reunir unas diez cuadras en total.

Su espíritu tan meridional, le inclinaba naturalmente a los espacios abiertos, propicios a la meditación y al descanso. Y sobre todo le atraía su gran amor a la tierra, que heredaba incontaminado de su patria calabresa. Por otra parte, su estancia de muchacho en Tacuarembó, donde inspirara sus "Cuadros Criollos", le había despertado temprana vocación nativa. Plantó con cariño filial árboles y frutales de todas variedades, exóticos y criollos, a los que prestaba personal cuidado y atención y a una distancia entre ellos, que siempre fue comentario curioso de todos sus visitantes. Llegaron a tener colgantes tarjetas de identificación con sus indicaciones científicas y vulgares. Posteriormente, mandó edificar una casona de paredes de piedra, amplia y cómoda, que terminó siendo su habitual residencia y culminación de otra más modesta, del tiempo de sus cada vez más prolongadas estadías veraniegas. Con grandes piezas altas y aireadas, un gran "hall" de recepciones, con sus muebles construídos especialmente, y el comedor, en forma de martillo, con vista a la Quinta y a la que comunicaba por una escalera de mármol, coquetona, que utilizara su dueño en los días habituales. Otra escalinata, al frente, menos utilizada y más elegante y maciza, abría sus pulimentados peldaños a la sólida puerta principal que accedía, luego, a una cancel vidriera, dando entrada al "hall", rematado en una luna veneciana de proporciones adecuadas. Todo un caserón de dos plantas, guarnecido de finas maderas, vidrios biselados y unos frisos de mayólica, importados, que eran la admiración de los entendidos. Allí plantó sus cabales, décadas atrás, aquel hombre ilustre, hasta que, pleno de exuberante madurez, en una sencilla mañana del año treinta y nueve durmiendo plácidamente, se murió.

Le habían regalado en una oportunidad, para colocar en su Quinta, una magnífica fuente que donó al Municipio de Montevideo (hoy emplazada en el Parque Rodó), que hubiera sido un admirable broche de oro a una amplia y lógica avenida de ingreso a su Casa, que desgraciadamente nunca pasó de proyecto; razón por la cual se llegaba lateralmente, luego de recorrer un corto trecho a través de las moreras.

Su Quinta llegó a gozar, en la época, de un merecido renombre, por los seleccionados productos de fruticultura que él mismo cultivó y que ganaran premios en concursos y exposiciones. ¡Cuántas veces ofrecía, ocurrente, a algún amigo, visitante o pariente, cuando no, al simple gandul en busca de recomendación, las tijeras podaderas sin dejar el hilo de su conversación. para que le cortaran algún brote molesto o insidioso!

Don Domingo, era en todas y cada una de sus actividades un supremo esteta y humanista. Mucho se ha escrito y más aún, contado al respecto de su carácter bondadoso y tolerante. Pero creo, francamente, que su rasgo más saliente en tal sentido, era su entrañable amor a la tierra, sus frutos y sus hijos, que extendía, en un panteísmo amplio y efusivo, a todo ser viviente. Su Quinta, precisamente, por lo que de concreción suponía, su cuidado y sus realizaciones en ella, lo demuestran muy especialmente. Protegía asimismo, en su ventana, a la que llegaban, conociéndole, ratoneras, pájaros y alimañas.

Siempre refería, hablando de la bondad de Batlle, su tema predilecto, que éste hubiese deseado llegar a un pacto con las hormigas para dejarles una parte de su tierra y no tener que exterminarlas. Lo dejó escrito además, con esa palabra cálida y convincente, que calaba tan hondo! Pero, insisto, que tal vez eso era, exactamente, lo que él mismo soñara llevar a cabo! Era tanto lo que comprendía y amaba a Batlle, que imagino, que muchos de sus propios sentimientos se le hacían dichos por su "Maestro"! Yo aprendí a admirarlo, viéndole admirar a Batlle!

¡Su Quinta !Es materialmente imposible pensar en Don Domingo, sin enmarcarlo en su medio natural, la enramada y los árboles de su Quinta.

Era como su propia emanación, una hija de su temperamento. Testigo mudo y repetido de sus cuentos picantes, de sus historias de francachela estudiantil, que narraba con la brillantez y el colorido del artista nato que había en él. Muchas veces, abrazando a su hermano Francisco, a quien quería íntimamente, recordaba en continuada chacota, las incidencias del lejano Tacuarembó, de donde éste era oriundo; sus antiguos camaradas, sus estudios desordenados de "bachicha" pueblerino; las peñas en la farmacia de Baccino, en Canelones, que regenteaba a regañadientes de Batlle y tantos otros lances alegres y reideros, que vivieron juntos allá en sus mocedades.

¡La Quinta de Piedras Blancas! La Quinta de Piedras Blancas fue punto común de congregación de familiares, de insignes ciudadanos, de hombres públicos, de eminentes políticos, y también, por qué no decirlo, de tantos aprendices de político, que concurrían allí a nutrirse en ella y con su dueño, de esa bonhomía dicharachera, tan sabia y peculiarmente suya, que hacía de su siempre buscada compañía ,el solaz y regocijo de la picardía de los hombres y el horrorizado, aunque atractivo, regodeo femenino.

Están por contarse, todavía, sus mil anécdotas personales, que son vívida historiografía de su modalidad polifacética, siendo verdaderamente de lamentar, el subido color de su enorme mayoría. Lo más probable es que no se junten nunca, pero de cualquier forma, su recopilación hubiera sido, sin lugar a dudas, la más realista imagen de aquel "gran pícaro" que fue Arena, y que constituye uno de sus aspectos menos conocidos y que mejor hablan de su extraordinario talento de intuitivo.

Pero volviendo a la quinta. En ella, que dentro de poco será un gran lote de terrenos rematados, se vivió un trozo de la entraña ardiente de nuestro cercano ayer, tan olvidado quizá. Y se vivió, como se debe vivir lo que siente. A corazón desnudo. Con virulencias, a veces, que aún hoy, muestran sus resabios. Se vivió, sin eufemismos, en un continuo gestar de instituciones. Piedras Blancas y la Quinta fueron a un tiempo, un candente fermentario de ideas, libertades y derechos. Y lo fueron, entre una discusión acalorada de principios, salpicada de argumentos académicos y un chisporroteo de agudeza y decires. Entre una exposición fundamentada y sistemática y una intervención, de Arena, jugosa y oportuna. El era siempre el alma, el centro de atracción; ya se tratara de una sesuda reunión política o de una frívola y mundana. Asi hoy, vibraba su fibra de humanísimo sentir en defensa del débil, como mañana el argumento sutil, que acuchillaba sin herir, irradiando por su verba elocuente y sustanciosa.

No me imagino a Don Domingo sin su Quinta. Sin su reparto anual de ropa y de pan dulce, para las Navidades y los Reyes. Sin sus caminatas mañaneras, hasta el Manga, tan necesarias y benignas para sus pobres piernas fláccidas y seguido de toda la bullanguera grey, que apadrinaba con su diario "vinteneo". Sus charlas tan amenas y entretenidas, enarbolando sus brazos, hablando con sus manos. Sus chistes tan graciosos y sus bromas, de las que, también él, participaba y hasta haciendo jarana de su mismo aspecto físico. Sus "¡Pero m'hijo!"; sus "¡Qué diablos!" y "¡Caranchos!". ¡Qué eficaz y limpia su sonrisa, para todos y cualesquiera! Sus abrazos apretujantes; sus "¡Hermano!" y aquella costumbre tan "gringa" de besar y de tutear a todo el mundo.

Su misma enfermedad le hacía más débil, más fraterno, más humano todavía.

Siempre tenía a mano alguien a quien dar el brazo para caminar o apoyarse. A menudo, en su camino, seguido eternamente como una sombra por "León", se encontraba al "Pocho" Avegno, atáxico como él, al Coronel Simois, vecinos ambos, o al simple " amigo", a quien referir algún recuerdo, perennemente fresco en su memoria, de "Don Pepe". Entonces se iniciaba la prolongada conversación, interrumpida, para saludar, entreparándose, y matizada con aquellos agudos pellizcones a su báculo, cuando desternillándose de risa y como buscando un sostén más seguro, se colgaba de su oyente; para continuar su paseo matinal, lerdo y cadencioso, nunca solitario.

Junto con Batlle, y después de él, fue el gran patriarca laico de Piedras Blancas.

Todos conocían y apreciaban su largueza dadivosa y en aquel medio, mísero y desvalido, su generosidad era auxilio y aliciente, ya que siempre se podía contar con él, para una recomendación, un servicio, un "pesito", o el más simple pedido de recoger la fruta de sus árboles.

Todas las mañanas durante años, se formaron colas, largas y compactas, de pobre gente que venía a pedir algo. A todos se les atendía y así fue, hasta que el golpe de Estado cercenó su influencia y él, aprovechando la coyuntura, ya decepcionado, viudo y sin su "Amigo", se jubiló.

Tenía dos cosas difíciles de encontrar juntas en un hombre: talento y corazón. Y como consecuencia de ello gozaba de un singular prestigio. Piedras Blancas, que así lo sabía, contaba con un poderoso amigo y una mano dispuesta y pronta. La Directora o las maestras de la Escuela (Nº 59 de 2º Grado) bien podían solicitarle una cooperación para sus educandos, que él, prestamente. satisfacía, comprándoles zuecos y guardapolvos. En más de una oportunidad, le encomendaron algún muchacho inteligente y pobre, a quien dio casa y alimentó, pagándole incluso, sus estudios. Eran, como él dijera en alguna oportunidad: "sus hermanos de ayer" y por lo tanto, "sus protegidos de hoy". El alma sensitiva de Arena no admitía excepciones. Medianeros y capataces, quinteros y personas de su servicio se retiraron de su casa o de su vera, con algún "capitalito", originado la más de las veces, en un prestamo o en alguna garantía, de las tantas que firmaba y las que, casi siempre terminaba por pagar. Nunca echó a nadie. En ocasiones, cuando se enteraba de que le robaban o el hecho llegaba a oídos de los suyos, tratando de aminorar sus posibles consecuencias, empezaba por ocultarlo o aconsejar al "desgraciado", dándole una nueva oportunidad para su "regeneración". Para terminar luego, si se sentía acorralado, por admitir cualquier disculpa o improvisada explicación en favor del "infeliz", teniendo en cuenta su afligente situación o sus precarios medios de vida. Todopoderosas razones, que en definitiva, obviaban siempre cualquier desliz.

¡Don Domingo y su Quinta! ¡Todo un carácter y toda una historia de bondad! Crónica verdadera, que todo Piedras Blancas recuerda, todavía conmovido. Si quieren saberla de otros labios, pregunten a la gente de color. Pregunten a los pobres. A las "chinas" que viven cerca del Cuartel, que en tiempos idos, se llamó 1º de Zapadores a dos cuadras de su Quinta. Y si lo hacen allí les dirán, que "todos" conocieron a "Señor Arena". Y cada uno de ellos, le contará una anécdota real y distinta, personal y agradecida. Si cuando llegan a pasar por el transido y viejo Camino Avegno, como todavía se le llama, les ocurra preguntar de quién es esa vieja y triste Casa-Quinta de escaleras de mármol y cortinas cerradas. Le dirán entonces, como en sus buenos tiempos, cuando aún vivía su noble propietario, y olvidando su tejido herrumbroso; sus postes de quebracho colorado, encorvados y secos; su tierra abandonada y sus árboles ralos; que ésa es:« la Quinta del "dotor" Arena». Sí, su Quinta. ¡Su "quinta"!, para todo Piedras Blancas!

MEMORIOSO.

(Especial para EL DIA).

¿COMO justificar ese milagro de transfiguración —según Guillermo Francart— por el cual un trozo de madera o piedra se cambia en manantial perenne de belleza; milagro por el que la materia inmóvil toma de pronto una expresión, un sentido que la convierte en algo fascinante para los hombres?

Procuremos elucidar ese arcano.

*

Los hombres son espíritus aislados por sus cuerpos, que se valen de los sentidos para recibir y transmitirse sus estados de sentimiento; que reflejan al exterior sus ideas en formas sensibles, con la nitidez y fidelidad capaces de promover la comprensión, estimular la confidencia y sostener el diálogo de los espíritus a través de la materia.

La función capital de nuestra vida oculta es expresarla para ser comprendidos y comprender para explicarnos la vida de los demás. Se trata entonces de intercambiar nuestros estados de espíritu por la red del alma en la materia que nos separa, imprimiéndole las formas de nuestro sentir y pensar.

*

De acuerdo a Plotino, las posibilidades de conocer son de tres grados: la "opinión" sobre el mundo de la materia, que nos viene por los sentidos; la "dialéctica", función intelectual, el juicio; y la "intuición" conocimiento súbito, espontáneo y directo, a cuyo modo elemental denominamos instinto.

El concepto, la inteligencia, puede dar la composición del mármol de una estatua, su resistencia y demás pormenores físicos y químicos, lo ajeno a la esencia del arte: el sentimiento, que pertenece a la intuición.

Creemos advertir dos maneras de la intuición, la que se da o expresiva, que llamamos *imagen;* y la que recibe o captadora, que decimos *visión*. El pueblo reconoce estos vocablos como "corazonada", "presentimiento", "pálpito", "revelación" y "esplendor".



Lo bello en la naturaleza es el reconocimiento de un "orden" que nos conmueve y seduce. (Foto de Schall: Amanecer en las landas francesas).



La belleza artística es una disposición tal de las cosas inertes, que las vuelve órganos de vida con función de sentimiento. (Bolívar. Maqueta del escultor colombiano R. Arenas Bentancur).

PROBLEMAS DEL ARTE

BELLEZA NATURAL Y BELLEZA ARTISTICA

*

Si no imposible, es difícil al sujeto eludir ser tal para sumirse en objeto de su examen. De ahí su afán de retratarse en *obras, imágenes* objetivas, lo más adecuadas posible a la figura espiritual de sus grandes momentos. El hombre se hace más consciente de sí cuando se espeja en sus obras. La obra declara al autor, lo recomienda o lo acusa. Los objetos artísticos y científicos, del más rudimentario a los que plasman a la perfección bellezas y verdades, conforman un orden correspondiente a las modulaciones de la sensibilidad y el pensamiento humanos. Este orden formal, dichos objetos, tales obras, relativamente durables en la materia y en la memoria, son los testimonios de cada escena fugitiva del espíritu en el teatro de la imaginación creadora.

En suma, el espíritu se manifiesta y reconoce en obras, que traducen el orden, o el desorden, de nuestra profunda intimidad, que suele ser apasionada, escenográfica, sinfónica, mística, dramática, y cuya conformidad o desconcierto suelen ser la consecuencia de la fortuna o el malogro en la expresión cabal.

Ahora bien, cuando en vez del espíritu de cada hombre es la fuente espiritual y absoluta la que se manifiesta no en un instante, sino en la eternidad de los tiempos; no en breves porciones de materia, sino en el infinito de los espacios, la obra se llama naturaleza, Universo o Creación.

El orden de la naturaleza es forma y estructura. Pero el arte del hombre es sólo conformación, desde que los materiales nos los da la naturaleza. Y si mejor sentimos nuestra calidad y lucidez por su reflejo en nuestras obras, también dibuja al artista de la naturaleza el esplendor de sus creaciones. La estructura del universo evidencia los prodigios del constructor; y la belleza de sus composiciones proclama las maravillas del esteta.

*

Entramos al meollo de la cuestión diciendo: *Arte es un ordenamiento de la materia para que refleje en imágenes nuestros estados de espíritu.*

El interior de cada uno es su realidad. El exterior refleja nuestra realidad y nos hace patentes las realidades de nuestros semejantes. A tal espejo de la realidad lo denominamos materia o naturaleza, y lo reconocemos como "espacio" en las obras y como "tiempo" en sus cambios. Y dos realidades refleja tal espejo: la del principio espiritual que le dio el ser y la de nuestros espíritus, que de él se valen. Se crea así, por sus reflejos, *un idioma de espíritus*, que se expresan, reconocen e identifican por las imágenes de su interioridad sobre una disposición de la materia capaz de reflejarla. Esta disposición es, según las formas y los tonos de nuestras imágenes internas, poesía o figura, lenguaje o dibujo coloreado y en relieve; música de la palabra, el sonido y la luz. En un vocablo: *arte*.

Nuestro espíritu reconoce por su sensibilidad y las obras o cosas se dejan reconocer por su fenomenismo. Aquél es la realidad; éste, la apariencia. Cada objeto ha existido antes en el espíritu de su creador como figura abstracta o imagen subjetiva, como elemento o composición sonoros o cromáticos, con relieve y palpitación de vida, que se hacen más lúcidos y conmovedores a nuestra conciencia en cuanto conseguimos reflejarlos al exterior en una disposición singular o "artística" de la materia, adecuada para esa notable función de reflejo.

Y por tan curioso procedimiento nuestros semejantes captan, leen o traducen nuestros estados de conciencia; por la lengua de las imágenes, ahora objetivas, se reconoce nuestra intimidad y es posible a los espíritus enlazarse a través de esas figuras.

Estamos, pues, en condiciones de ceñir el fundamento de la poesía y el arte, diciendo: *El arte es intuición. La intuición se expresa en imágenes. Las imágenes tienen en nuestro espíritu forma, color y relieve subjetivos. La materia es ordenada para que traduzca tales formas de nuestros estados de espíritu, en imágenes objetivas u objetos. Y esa conversión de las formas subjetivas en objetivas es "obra de arte" y lenguaje.*

*

Quiere decir que el arte es un puente de relaciones entre el mundo de Más Acá, de la naturaleza y nuestros cuerpos, y el reino de Más Allá, o de los espíritus; entre la orilla de los fenómenos y el de las causas; entre la apariencia y la realidad. ¿Se advierte, entonces, la enorme importancia de los mensajes de la poesía y el arte?

El sabio trabaja con el Más Acá y el artista, con el Más Allá. Son esferas complementarias y apenas interferibles. La obra conceptual se ramifica en el dominio de la naturaleza y mientras que abren enormes perspectivas al conocimiento, también renuevan las incógnitas. En cambio la imagen va clara, directa al blanco del espíritu correspondiente a reflejar la energía y la forma del sentimiento, modo esplendente de la verdad.

*

El ilustre Croce dijo que la naturaleza es "estúpida". Nosotros preferimos juzgar de impasibles a la pintura del cuadro y a las cosas del paisaje.

La naturaleza como hecho físico carece de sensibilidad; pero como expresión de orden, como imagen cósmica es un prodigio estético.

La obra se anima al soplo de su creador. El arquitecto, el plástico, el poeta, el músico se confiesan en sus creaciones, que traducen su intimidad en la euritmia de piedras, sonidos y colores. Y este oficio de revelación por todo objeto, del sujeto que le diera el ser, es el que cumple la naturaleza para con la causa de su existir. La materia del motivo de arte, el bronce, la tela y el aire que se modulan, son indudablemente insensibles; el físico, el químico y el biólogo nada extraordinario ven en el bloque antes y después de representar a Venus, ahora con la palpitación y la vida del arte, desde que el secreto y el prodigio están en "algo" que escapa a la inteligencia y su más perfecto instrumental; y es el *orden* impreso a la sustancia, al que los materiales impasibles se someten por mandamiento de un creador. Y el sentido de ciertos vocablos de ese orden, como "gracia", "armonía", "ritmo", también escapan a los registros mecánicos, sean los más precisos; y a la misma inteligencia, así fuere la más aguzada. Y aún otros conceptos determinantes del orden, como "principios", "leyes", "normas", "transformación" guardan silencio sobre el particular. Y no queda otro modo de comprender los atributos del arte, que *sentirlos*, pues son lo que no se explica; lo que se dice en tres palabras: "orden de vida"; o en dos palabras: "vida espiritual"; y en una palabra: *espíritu*.

Y si toda obra de arte es un orden que traduce a un espíritu ¿a qué espíritu evidenciará la obra que llamamos naturaleza, sino al de su propio Creador? Y si el sentimiento de belleza que nos inspiran las obras humanas acusan la intimidad más pura y vivida del arquitecto, el pintor y el poeta ¿qué ha de revelarnos el esplendor del orden natural, sino la inmensidad y maravilla de los estados de espíritu que gozó y sufrió desde el génesis, y que prosiguen renovándose y superándose en evolución de exquisitez, como una titánica sinfonía inconclusa?

Y entonces, si la naturaleza proclama la intimidad de quien la creara en testimonios de un orden que nos conmueve como *belleza natural* ¿hemos de "calificar" a los materiales o al orden que los combina y encanta?; ¿hemos de inmiscuirnos en la función del sabio, que es hurgar en la materia, o darnos por entero al gusto libre y altísimo de sentir, lo más hondamente posible para comprender lo más claramente deseable, al espíritu del mayor poeta, del máximo escultor, del músico supremo, del pintor esencial y el arquitecto divino?

Amar la Creación y crear con amor. He ahí un noble destino, quizá el más feliz de nuestros pasos en la tierra.

*

Mejor que "pienso, luego existo", nos parece: "intuyo, luego soy". Porque palpita en ese "soy" la virtud creadora del hombre, el privilegio de dar vida a personajes y mundos, al potencial de los idiomas en la lengua humana, la maravilla de volver comunicativos los materiales del Universo; en fin: la alegría de "poetizar".

Si el secreto de lo artístico es nuestra expresión en imágenes; si la materia de nuestro globo, fría, muda y sorda, puede no obstante participar del milagro y expandir la sensibilidad por el sortilegio de la forma, las combinaciones de la imagen, el genio de la composición ¿significa ello admitir que todo hombre, por el hecho de hablar, fantasear, esculpir, componer, es un artista?

Y bien, sí. Todos los humanos somos poetas, músicos, escultores, pintores, dramaturgos, danzarines, en un grado natural, que se desarolla por el ejercicio y que la vocación acendra. Y si no fuese de todos esa facultad expresiva, de no ser el arte un idioma universal, nadie entendería a esos pocos semejantes que llamamos *artistas* porque, más intuitivos que cerebrales, sienten, exponen y practican en grado mayor, y aún excepcional, lo que la multitud descuida. Todos los niños suelen maravillarnos con sus manifestaciones de fantasía y visión. Lástima que, por el sentido materialista y racional del mundo, ya el adolescente es obligado a perder, paso a paso, las plumas de sus alas...

Edgardo Ubaldo GENTA

(Especial para EL DIA).



Panorama de Burgos. Agujas góticas en la llanura cidiana.

JUNTO A LA TUMBA DEL CID

"Y allí donde está el sepulcro, allí está la cuna, allí está el nido. Y de allí volverá a surgir la estrella refulgente y sonora, camino del cielo". (Unamuno). ("Vida de D. Quijote y Sancho").

ALLA, en Toledo, la antigua capital de los visigodos, ya los almendros habíanse desplegado en banderas de paz, y la Mancha se extendía más escueta y desnuda que nunca en la pureza indivisible de su horizontalidad reconcentrada, cuando nuestros pasos viajeros pasaron frente a la denominada "Puerta Antigua de Visagra" y nuestra memoria hizo realidad aquel lejano domingo de mayo de 1085, cuando Rodrigo Díaz de Vivar, entró victorioso, junto a Alfonso VI, en la reconquistada ciudad donde los moros habíanse atrincherado.

Bajo sus arcos de herradura, junto a las columnas en que descansan los muros exteriores, pasó, gallardo, firme ademán en la lealtad y en la justicia, el Cid Campeador.

Mas nosotros, enfermos graves de ansias de reencuentros profundos, llevados por las voces del corazón, vamos en pos de la Sombra señera de Mío Cid, el Campeador.

Es aún clara en la neblina del recuerdo, la visión de la monumental "puerta del Cuarte", en Valencia, que, si bien la actual es posterior (siglo XV) a la señalada por el anónimo juglar del "Poema del Cid".

"Salidos son todos armados —por las torres [de Quarto,
mio Cid a los sos vassallos—tan bien los [acordando".

por lo menos conserva ese histórico nombre que señala uno de los tantos lugares hecho de "polvo, sudor y hierro..."; y recordamos, también, que "En San Pedro de Cardeña, tuvo su sepulcro Ruy Díaz; i a la sombra del héroe, vinieron en alas de la tradición a reunirse las de sus principales compañeros de armas, la de su viuda e hijos, la de Jil Díaz, i hasta la del caballo Babieca" (Andrés Bello, en "Anales de la Univ. de Chile", años 1852-58); pero, no obstante, nuestra empecinada codicia de atrapar en un instante lo humano intemporal, nuestra nunca apagada sed de beber en un sorbo la infinitud de este animal histórico y vertical que, en la debilidad de su carne y en la fragilidad de sus huesos, cava su destrucción y edifica su gloria, nos empuja hacia el corazón de Castilla la Vieja.

En los duros contrastes de su tierra, en la serena fortaleza de su yerma llanura, allí, a mitad del camino donde nacen los mayores ríos de España, el Ebro y el Duero, descansa (es verdad que descansa?) Ruy Díaz de Vivar.

Junto a la voz —mansa y clara— del río Arlanzón, junto a la guirnalda de su espuma despaciosa, duerme y sueña el polvo de lo que fuera sueño en acción de Rodrigo, el de Vivar

*

Vivar, aldea de escasos vecinos, situada sobre la margen izquierda del pequeño río denominado Ubierna, a nueve kilómetros al norte de Burgos, ve nacer el que fuera más tarde invencible campeón castellano, hijo de Diego Láinez y de Teresa Rodríguez. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento: unos la ubican en el año 1026, otros en 1043, bajo el reinado de Fernando I, príncipe navarro, descendiente de aquellos fieros reyes montañeses que ceñían sus pies con toscas abarcas.

Dicen los cronistas cidianos que Rodrigo pierde a su padre cuando cuenta pocos años y es criado en el palacio de Sancho II, el entonces rey de Castilla y que "bien fuera por los servicios prestados por Diego Láinez o por la amistad que a Rodrigo uniera con el infante don Sancho, luego rey de Castilla, es lo cierto que el Cid fue agregado a la corte y en ella recibió su educación militar y guerrera, única que entonces recibían los reyes y los magnates". (José Bergua).

Conocido es el romance que nos refiere de qué manera el joven Rodrigo venga a su padre, y cómo doña Jimena —hija del conde Lozano— pide al rey justicia por la muerte de aquél.

No es difícil seguir la cronología de los hechos más extraordinarios del Campeador, tanto en el orden familiar como en el tópico de lo guerrero. Casa con Jimena Díaz, hija del Conde de Oviedo, y no con Jimena Gómez según dice el juglar, antes del año 1064 —según testimonios de orden histórico el 19 de junio de 1074—, entrando en posesión de Valduerna, Saldaña y San Pedro de Cardeña, conforme a la voluntad real.

Muerto el rey don Fernando en el castillo de Cabezón, muy cerca de Valladolid, muy pronto el mayor de sus hijos, Sancho II conquista los territorios de sus hermanos. Y a orillas del Pisuerga, junto a la villa de Llantada, chocan sus ejércitos con los de su hermano menor Alfonso, el 19 de junio de 1069. El Cid ya es "portaestandarte" real, en su calidad de Alférez de las huestes castellanas. Le vemos de nuevo, con igual misión, en la batalla de Volpejares (1072), que ensanchó las fronteras de Castilla.

El de Vivar, es uno de los doce caballeros que toman juramento en Santa Gadea de Burgos, a Alfonso VI, circunstancia en la que éste debía reconocer solemnemente no haber tenido participación en la muerte del cerco de Zamora.

Por este hecho, y siempre de acuerdo con lo expresado por el romance respectivo, el Cid es desterrado por el rey:

"—¡Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me entres más en ellas
desde este día en un año!
—Que me place—dijo el Cid—,
que me place de buen grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro".



Catedral de Burgos. Aquí está Rodericus Didaci, en silencio y ascua...

¿Preciso es, acaso, detallar los pormenores del destierro del Cid? Bien conocidas son las peripecias de Rodrigo en tierras de moros, desde su salida de Vivar en los primeros meses de 1081, a instigación de la familia del conde García Ordóñez, hasta la conquista de Valencia, en 1094.

Abandona sus palacios de Vivar, y al amparo del monasterio benedectino de San Pedro de Cardeña, a doce kilómetros de Burgos, y fundado en el siglo VI por Sancha, mujer de Teodorico, deja a su mujer y a sus hijas. Al alejarse, vuelve la cabeza; Alvar Fáñez le anima: "Aguijemos, señor, ¿dónde está vuestro esfuerzo? Aun todos estos duelos en gozo se tornarán".

Barcelona, y especialmente Zaragoza, donde reina Al-Moktadir, conocen la respetuosa presencia del Cid, que acepta la injusticia de Alfonso VI sin protesta ni queja alguna. Sin la pasión del despecho, con la actitud rectilínea de las almas verdaderamente fuertes, acata la voluntad del monarca, sensible a las murmuraciones y a las torpes querellas.

Producida la reconciliación, en las márgenes del Tajo, sirve de nuevo en las filas reales, pero una vez más es víctima de la torpeza de un rey y de la envidia de los intrigantes.

Paga renovado tributo a la ineptitud de Alfonso para juzgar las puras acciones humanas; a la ceguera total en el análisis equilibrado y digno para discriminar con obligada ecuanimidad la extrema pulcritud moral y la auténtica valía de su leal vasallo, de la torpeza insidiosa de los felones y malandrines.

Alfonso VI, se deja seducir con facilidad inexcusable por los tortuosos procedimientos de la intriga, consecuencia inmediata de eso que Miguel de Unamuno llamará "hambre del espíritu", y permanece ciego, torpemente ciego, a la verdad irrebatible de un nombre y de un destino que prestigia —en tierra de amigos y de enemigos— la obra de su propio reinado.

"Dios que buen vasallo si hobiese buen señor!" "Expresión lapidaria —dirá Menéndez Pidal— aplicable a todos los tiempos y definidora de muchos momentos penosos..." Es que en verdad, se tuerce la interpretación de los acontecimientos fundamentales; no se cumple una adecuada selección de los valores, en la simplificada ordenación de los sucesos caracterizadores; se omite —por incapacidad o por negligencia— el análisis prolijo de las empresas cumplidas y de los propósitos demostrados; se apoya a la turba de los "mestureros", a los "castellani invidentes", a quienes molesta la incontrastable superioridad del héroe.

Por fin, la multiplicación de sus victorias, el creciente renombre de su coraje, el natural señorío de su trayectoria, tallada en prismas infinitos, triunfa de la mezquindad.

¿Para qué narrar lo que es tan sabido? Ya es granito insuperable para los tiempos ese alto torreón que es su "Cantar"; ya son columnas inconmovibles, colmadas de oro y esculpidas en luz, esas páginas que Per Abbat "escrivió en el mes de mayo"; ya es cordillera cenital, hecha para el asombro de las edades nuevas, su hazaña sin fatiga, su resplandor sin ocasos, porque aun después de muerto, en 1099, en Valencia, sigue ganando batallas...

El, que es a un tiempo relámpago y metal, ensancha el escenario de su propia grandeza, cuando España le escatima espacio para acampar...

El, que dibuja el trazo de su espada con la perspectiva de milenios de inmortalidad. ve, al conducirse su cadáver entre lanzas victoriosas, cómo se transfigura el "pathos" de la guerra —encendedor de sus mesnadas— en ondear de banderas de heroísmo...

*



Estatua del Cid, del escultor granadino Juan Cristóbal, erigida en 1955 en Burgos.

¿Cómo, entonces, no ir a Burgos, la capital del antiguo reino de Castilla la Vieja, fundada por el conde Diego Porcelos en el siglo IX, dirigirnos sin titubeos a la Catedral, desembocar, —sofrenando emociones— en la cerrada plaza del Rey S. Fernando, y entrar —con pausa en la mirada y con prisa en el corazón— por la ancha puerta que conduce al espacioso interior del templo, comenzado a construir en 1221?

Allí, bajo los sesenta metros de la altura del crucero de su nave central, una gran lápida de mármol rosáceo, de unos tres metros de longitud por casi dos de ancho, protege el resto material de Ruy Díaz de Vivar.

¿Y va a ser tan pobre nuestra memoria, para no recordar los versos de Francisco de Quevedo?

"Alma a quien todo un dios prisión ha sido
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado,
serán ceniza, más tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado".

Acá repican las voces de la raza; acá es sustancia el verbo de la pasión; acá es silaba temblorosa que sacude el aire inmóvil de Castilla; acá está, sí, Ruy Díaz, en el crecimiento total del regreso; en la primitiva raíz de su estrella; en la emancipación definitiva de su destino.

Ya somos abandono frente a la tumba del Cid. Ya se detienen los corceles de la sangre. Y dejamos caer la mirada, con el alma de rodillas, sobre las doradas letras que nos dicen:

"Rodericus Didaci Campidoctor.
M X C I X — ANNO — Valentiae mortuus

A todos alcança ondra
por el que en buen ora nació.

Eximina Vxor Eivs
Didaci comitis ovetensis filia
Regali genere nata".

Sí; aquí estás, Rodrigo, en silencio y ascua. Frente al remanso de tus huesos, se quiebran las palabras, se desvanecen las ideas; y si es verdad que la patria nace en la ceniza de sus muertos, como lo pensaba Lamartine, aquí, junto al vuelo de tus águilas telúricas, junto al solemne silencio de tus alas aquietadas, está la cuna de la Hispanidad, el horizonte alucinado de tu epopeya, el estandarte inmarcesible de las tumultuosas sinfonías de tus batallas, el acento civil de tu júbilo.

Sí; aquí presentimos el resplandor de tus ímpetus, la cosecha de tu esfuerzo, el bronce impalpable de tu gloria. Símbolo concreto de eternidad, ésta, la urna que guarda la fatiga de tus sueños, es también, torre vigilante desde la cual custodias los sillares de la raza.

Ramiro W. MATA.

(Especial para EL DIA).

HISTORIA DE DOS HOMBRES

EN la margen izquierda del Uruguay, entre las desembocaduras del Cuareim y del Arapey y sobre la barranca, se empinaba el rancho de Prudencio Alcoba. Mas abajo, una legua, a tres cuadras de la costa y en pleno monte, se escondía el de José Reyes.

Alcoba era guarda, el único que vigilaba el río en un espacio de leguas. Vivía allí con su mujer y su hija, un peoncito, y tres perros. Tenía para movilizarse una chalana y un caballo.

Reyes contrabandeaba. También lo acompañaba su mujer, y un hijo con el que remaba cuando cruzaba el río. A islas y costas ambos le habían sacado hasta el más escondido de sus secretos. Magníficos "bicheros" los dos, y excelentes tiradores. Alcoba poseía una carabina de tipo antiguo, una escopeta de dos caños, y un revólver Colt; Reyes era dueño de un remington, una Lafouché de cargar por la boca, y una pistola de dos caños. No había carpincho, ni gato montés, ni pato que se les escapara al ojo. Cada uno vivía su vida, trataban de no estorbarse, se saludaban cuando se veían y nada más. Pero...

Una vez le llegó un "soplo" a Alcoba: tal noche el rubio Albornoz —que formaba cuadrilla con los hermanos Vega y el pardo Santana— pasaría un "surtido" tan encorpado como valioso. Quedó taciturno un momento. Luego llamó a Valerio, su peoncito, y lo mandó al rancho de Reyes. Dos horas más tarde se encontró con él en el monte. Luego de un breve preludio Alcoba dijo a Reyes:

—Es pa mañana de noche el cruce.

—Güeno, yo me traigo al Indio —contestó Reyes—. Con Valerio pa hacer bulto semos cuatro. Les salimos po atrás de la isla del medio; allí han de pasar...

Y así fue. Serían las dos de la mañana. El río era una lámina negra, tersa. Profundo el silencio. Las palas de los remos entraban y salían de las aguas con suavidad de seda... Sonaron tres disparos que desgarraron las sombras...

Con la chalana a remolque atracaron frente al rancho del resguardo. Adentro, mientras mujer e hija hacían café, recontaron el contrabando. Cuando aclaró, Alcoba montó a caballo y enderezó a la ciudad.

Otra ocasión el Indio llegó al rancho del guarda.

—Güen día, Tata, que vaya.

Alcoba ensilló y entró al monte con el hijo de Reyes. En el rancho de éste hablaron.

—Hoy llegó el carro de Antolín. Tengo que pasar un pedido esta mesma noche. Es grande y pesao, hay que dir en dos botes.

Alcoba dijo:

—Vamos en dos botes.



Y esa noche pasaron la carga. Al amanecer el carro de Antolín, lleno hasta los topes, siguió viaje a su destino.

De esta manera guarda y contrabandista completaban sus vidas, eran dueños del río para realizar el delito o reprimirlo. En las cuadrillas que trabajaban la zona se sabía que Alcoba era solo, con un peoncito lo mismo que nada. Pues cada vez que intentaban pasar, Alcoba se presentaba con un escuadrón cuyas certeras balas abrían claros entre ellos. Los comerciantes del otro lado no le conocían más gente a Reyes que su hijo. Y les era un misterio aquello de que sólo con esa compañía hiciera las cruces más arriesgados, llevando cargas imposibles para dos.

Pero... Alcoba era guarda y Reyes contrabandista. En lo más escondido de sus conciencias se rechazaban. Y este rechazo se agudizaba en el mutuo repudio de sus hijos. Reyes y su china ya habían hablado ásperamente: el Indio que se dejara de "amorisquear" con Isabel, la hija de Alcoba. Este y su esposa habían dicho a Isabel que cuando llegara el Indio a su casa no apareciera; ya habían observado la intensidad con que se miraban los dos. Un día Alcoba los vio juntos en el monte, cerca de su rancho. La muchacha recibió una soba de arreador.

Pero el monte es el monte; en él se abren muchos senderos. Y el deseo es el deseo; pasa por sobre todos los senderos.

Un amanecer, la mujer de Alcoba vio bien a su hija fajándose el vientre con las tiras de una sábana vieja. Se empurpuraron las mejillas de la mocita. Ella mismo rompió el silencio dramático:

—Y, güeno mama... ¡máteme si quiere!

—¿Cuánto hace que te venís fajando?

—Ay mama, no sé... muchos días!

Alcoba supo aquello en seguida. Ensimismado, tomando mate, siguió en la cocina. Luego hizo llamar a Valerio y lo envió a lo de Reyes.

*

Un año después, entre los dos ranchos, se alza el del Indio. En él sonaban gritos de niño, canciones de cuna, música de guitarra. La vida seguía. Ahora Reyes y Alcoba, y sus mujeres, se habían unido en un afecto nuevo.

Pasó el tiempo. Ya con diez años el nieto de aquellos extraños socios los deslumbraba con su fuerza vital y con su rutilante viveza.

Una noche, todos juntos, Alcoba habló:

—A este gurí hay que llevarlo al pueblo. Allí tiene que aprender a leer y escrebir. Si sigue viviendo en el monte va estirar nuestra senda. Mirá Reyes: guarda y contrabandista semos dos bandidos. Vos cuarteás la ley a veces, yo cuarteo el delito otras. ¿Qué va a ser de este muchacho? Solo no puede ser zorro y perro...

El Indio, Isabel, y el hijo se fueron a la ciudad. Alcoba, con el Receptor, empleó a su hija. Reyes, con un comerciante, empleó a su hijo. El nieto se puso "guardapolvo" y marchó a la escuela.

*

Ya están todos en la ciudad. Alcoba jubilado y Reyes sin jubilación, ambos con bastante dinero ganado en las costas del Uruguay.

Es cerca de mediodía. El ex guarda y el ex contrabandista están en el boliche del vasco Larralde, donde van de vez en cuando a tomar unas copas. Ya son viejos. Y allí llegan unos aparceros que recién han dejado una carpeta. Están con los ojos velados por la noche intensa, cansados de reyes y sotas, de ases y de cincos. Se abre en sus bocas el comentario de la timba. Cuentan la hazaña de Jesús Reyes, el hijo del Indio y de Isabel.

Jesús Reyes ya tiene veinte y tres años. Ha aprendido a leer y escribir; y también a florear primorosamente un naipe. Conoce todos los secretos del recorte, de la cincha y de la lana. Sus abuelos hicieron todo lo posible por apartarlo de ese camino. Pero Jesús se hizo maestro de bancas.

Esa noche... En el encendido comentario que están tejiendo los timberos aparece Jesús. Llegó al juego con el gallego Tejería, comerciante ricazo de otro pueblo. Lo ha convencido que con él van a desplumar al estanciero Bentancor —y a éste que con él van a pelar al comerciante—. Y llegó el amanecer, y pasó, y Bentancor y Tejería marcharon a sus respectivos hoteles maldiciendo sus suertes.

—El Jesús es un bicho —dice uno de los timberos— tiene más caras que cartas el naipe. Los desplumó muy superiormente a los dos dispués de haberles jurao ganancia. Hizo pelar a Bentancor con el gallego; y con el gallego terminó el portugués Sousa. Y a Sousa le repartió el veinticinco pues con él había combinao y hecho el pastel...

Los dos viejos se miraron, terminaron sus copas y salieron. Y Reyes le dijo a Alcoba:

—No pué negar lo legal de la sangre que lleva. Más parecido a vos y a mí ni el mesmo espejo podería hacerlo.

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA).

Dibujo del autor.


Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
TARZÁN CORTÓ SUS ATADURAS Y DESESPERADAMENTE TRATÓ DE ESCAPAR DE SU PRESUNTA HÚMEDA TUMBA.


JACK ADAMS NI SE LO IMAGINABA, Y SE HABÍA RETIRADO DEL ACANTILADO JUSTO CUANDO--


EL HOMBRE-MONO SURGÍA TRIUNFANTE A LA SUPERFICIE, JADEANDO Y RESPIRANDO DESESPERADAMENTE.


ENTONCES, CON CUIDADO, TARZÁN NADÓ OCULTÁNDOSE, CON SILENCIOSAS BRAZADAS, HACIA TIERRA---


CUANDO LOGRÓ LA ORILLA, DE GOLPE ADVIRTIÓ QUE LA ARENA BRILLABA CON EL SOL
1378


TOMÓ UN PUÑADO ENTRE SUS MANOS Y RÁPIDAMENTE HIZO UN DESCUBRIMIENTO--- ORO!


ESTA ERA ENTONCES, LA EMPRESA DE JACK ADAMS. POR ESTO HACÍA PERMANECER A LOS ATERRORIZADOS NATIVOS EN SUS CASAS!
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO


TARZÁN FRUNCIÓ EL CEÑO. DEBÍA AHORA VER COMO ADAMS INSPIRABA ESE TERROR-- EL SECRETO DE LAS "TRANSFORMACIONES" EN PANTERA.



NUEVAS IDEAS · NUEVAS LINEAS
para la silueta invernal en
Tapados
presentados por la Sección Damas de nuestras 3 casas.
CAPURRO & Cº.
1
2
3
4
5
6
7
Es interesante recordar que los precios no sufren ningun recargo, por los arreglos que haya que hacerles a nuestras confecciones.
1 - Elegante tapado en mohair de gran moda, confeccionado en color negro. Talle 52 $ 188.00, talles 44 al 50
$ 178.00
2 - Tapado de excelente paño labrado, realizado en tonos de actualidad. Talle 52 $ 140.00, talles 44 al 50
$ 130.00
3 - En Velour presentamos este modelo clásico en varios colores. Talle 52 $ 130.00, talles 46 al 50
$ 120.00
4 - Modelo de gran distinción en rico Velour color negro con detalles de piel. Talle 52 $ 195.00, talles 44 al 50
$ 185.00
5 - Tapado confeccionado en paño de buena calidad, diversos tonos. Talles 52 y 54 $ 102.00, talles 44 al 50
$ 92.00
6 - Tapado entallado en inmejorable Duvetine color negro, adornado con piel. Talles 52 al 56 $ 185.00, talles 46 al 50
$ 175.00
7 - Modelo sobretodo en Pelo de Camello de alta calidad, tonos del momento. Talle 52 $ 165.00, talles 46 al 50
$ 155.00
Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
CASA MATRIZ AV. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61
SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341 esq. M. Berthelot - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00
SUCURSAL CORDON AV. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11